

10. Fernández del Castillo, Francisco: *Cómo adquirieron los profesores de la Escuela Nacional de Medicina el Palacio de la Inquisición*. Gaceta Médica de la Inquisición. GAC. MED. MEX. LXXXVI: 203-18. México, 1956.
11. *Archivo Histórico de la Facultad de Medicina*. Parte de los documentos pueden verse en 12.
12. Fernández del Castillo, Francisco: *El viejo solar de la Escuela de Medicina*. Rev. Fac. Med. X: 61-76. México, 1967.
13. Fernández del Castillo, Francisco: *Breve reseña histórica relativa a la erección de la estatua de San Lucas en la Escuela de Medicina*.
14. Fernández del Castillo, Francisco: *San Lucas en la Escuela de Medicina*. Centenario de un monumento. El Médico. VII: 54-60, 1960.
15. Liceaga, doctor Eduardo: *Mis Recuerdos de otros tiempos*. Obra póstuma. Arreglo preliminar y apuntes por el doctor Francisco Fernández del Castillo. México. Págs. 20 y 29.
16. Liceaga, doctor Eduardo: (*loc. cit.*). Págs. 31, 33.
17. *La Constitución Social*, periódico de política, de religión, literatura y anuncios. Tomo I. Núm. 13, México, 4 de mayo de 1868. Pág. 3.
18. Durán, doctor José Ignacio: *Remitido (Observaciones sobre viruelas)*. Periódico de la Academia de Medicina de Méjico (sic). Tomo IV: 393-4, 1839. En las "manzanas" 130, 132 y 134 hubo 60 casos de viruelas atendidas por Durán. Murieron 6 que no habían sido vacunados.
19. Durán, doctor José Ignacio Durán: "remitido". *Envía Durán copia de las constituciones de la Universidad de Roma, recién publicadas por el Papa León XII*. En esa Universidad había cuatro colegios, entre ellos el de Ciencias Médicas y Quirúrgicas. Periódico de la Academia de Medicina de Méjico (sic). V: 341-5, 1840.
20. Durán, doctor José Ignacio: *Discurso pronunciado por el Sr. D... catedrático de patología quirúrgica en el referido Establecimiento (de Ciencias Médicas)*. Periódico de la Academia de Medicina de Méjico (sic). V: 352-61. Fue pronunciado el 7 de noviembre de 1841 en una distribución de premios.

COMENTARIO OFICIAL

DR. GERMÁN SOMOLINOS-D'ARDOIS¹

NUNCA SERÁ suficientemente comprendida la labor tenaz, en ocasiones dificultosa, con que el Dr. Fernández del Castillo viene enriqueciendo —por no decir edificando—, la historia médica de México. No hace muchos días, reunidos en su despacho de la Facultad de Medicina, rodeados de ese inestimable y casi inexplorado archivo que él allí custodia, hacíamos consideraciones sobre el auge que ha tomado la historia médica en México. Hoy, públicamente, es preciso confesar que en su casi totalidad esta importancia de los estudios médicos entre nosotros, se debe al empeño continuo y la dedicación del Fernández del Castillo en este campo.

¹ Académico numerario.

Acabamos de asistir a un ejemplo más de esa investigación histórica constante, cuando, con el método y la meticulosidad en él características, ha sacado del olvido una figura que, no obstante su notoriedad, estaba prácticamente desconocida entre los historiadores de México.

La lectura del trabajo me sugirió algunos datos que son los que después de felicitar al Dr. Fernández del Castillo quiero apuntar aquí.

Nace José Ignacio Durán en Puebla. Estudió cirugía, lucha en la independencia. Se hace médico, viaja por Europa como diplomático y, cuando regresa, dirige, por más de veinte años, la Escuela de Medicina, sin dejar de cultivar su afición a la música

donde hizo prosélitos y obra trascendente.

Esta sería la biografía oficial de Durán. La que aparece en diccionarios y notas biográficas. Pero la vida de un hombre, aparte de su oficio, del medio en que se desarrolla, de la época que le tocó vivir, tiene otra proyección; aquella en la cual sus actividades forman parte del mundo histórico en que transcurrió su propia existencia.

Nadie puede librarse de este factor externo que condiciona su propia vida. San Ignacio, hoy, no hubiera podido fundar la Compañía de Jesús. No por falta de vocación ni de empuje organizador, sino por diferencia de ambiente, de necesidades, de circunstancias en una palabra. Hubiera fundado otra cosa, tan notable, tan trascendente como su Compañía, pero totalmente distinta. Este mismo ejemplo puede aplicarse creadores y forjadores, grandes y pequeños.

Es por eso que en este momento cuando acabamos de oír el relato minucioso de una vida modesta, abnegada, útil a la sociedad, sin brillos ni relumbrones pero constante en el trabajo y en la lucha cotidiana, pensamos, ¿qué fue lo que condicionó la vida de este hombre?, ¿cuál fue su verdadera vocación?, ¿cumplió sus deseos o fue empujado por los vaivenes de la sociedad a desempeñar papeles ajenos a su propia voluntad?

Es difícil contestar estas interrogantes; sin embargo, tenemos en su propia vida muchos hechos que implican una evidente duplicidad de intereses y sentimientos. La lucha de una vocación, de un deseo, contra una obligación impuesta por el medio y la sociedad.

Durán es menos médico, de lo que podría suponerse en un hombre que pasa toda su vida ejerciendo la medicina y dirigiéndose a los que tratan de aprenderla. Ese era su oficio, pero no su vocación. Por eso le vemos evadirse de la propia medicina, seguir la aventura de las armas, embarcarse como diplomático.

Durán no tiene vocación para médico. Esta vocación la encontramos en Miguel Jiménez, que dedica hasta la última hora de su día en ver enfermos, escribir sobre medicina, estudiar cadáveres. Durán escribe poco, apenas dos cortos opúsculos de circunstancias. No nos ha quedado su recuerdo junto a la mesa de autopsias. De su actuación clínica apenas sabemos nada. En cambio tenemos muchos documentos, cartas, relatos, de su gestión como director de la escuela. Fue un buen director. Supo sortear las inevitables dificultades de una institución en tiempos de revueltas sociales y guerras civiles. Con seguridad sus dotes de diplomático volvieron a aflorar y el espíritu combativo de las guerras de independencia tuvo, de nuevo, campo en qué desenvolverse. Sabemos de sus encuentros con Santa Anna. Conocemos su firmeza en ciertos momentos de insurrección estudiantil y su tacto para resolver situaciones en las que peligraba la integridad de la escuela.

Con seguridad Durán tuvo más vocación política y administrativa que médica. No conocemos las razones que le hicieron seguir la carrera de medicina, pero tenemos en cambio muchos hechos en los que se nos aparece inclinado a tareas de gobierno, de dirección, de gerencia. De lucha por mejorar la escuela y la enseñanza. Hombre indudablemente honrado y bueno, pero sin aspiraciones científicas, supo cuajar su vocación en algo que sin apartarlo del camino elegido estaba más acorde con sus aptitudes. Pero como ocurre siempre en el hombre de acción tuvo también esa faceta sentimental y estética que le llevó a crear en su propia casa, en la intimidad de su vida, un centro de cultura artística. Refugio frecuente en otros muchos médicos como Aniceto Ortega, Eduardo Liceaga y Samuel García en los cuales, por encima de su condición científica, de su actividad social o de sus quehaceres administrativos, sobresalió el anhelo romántico de una vocación musical.